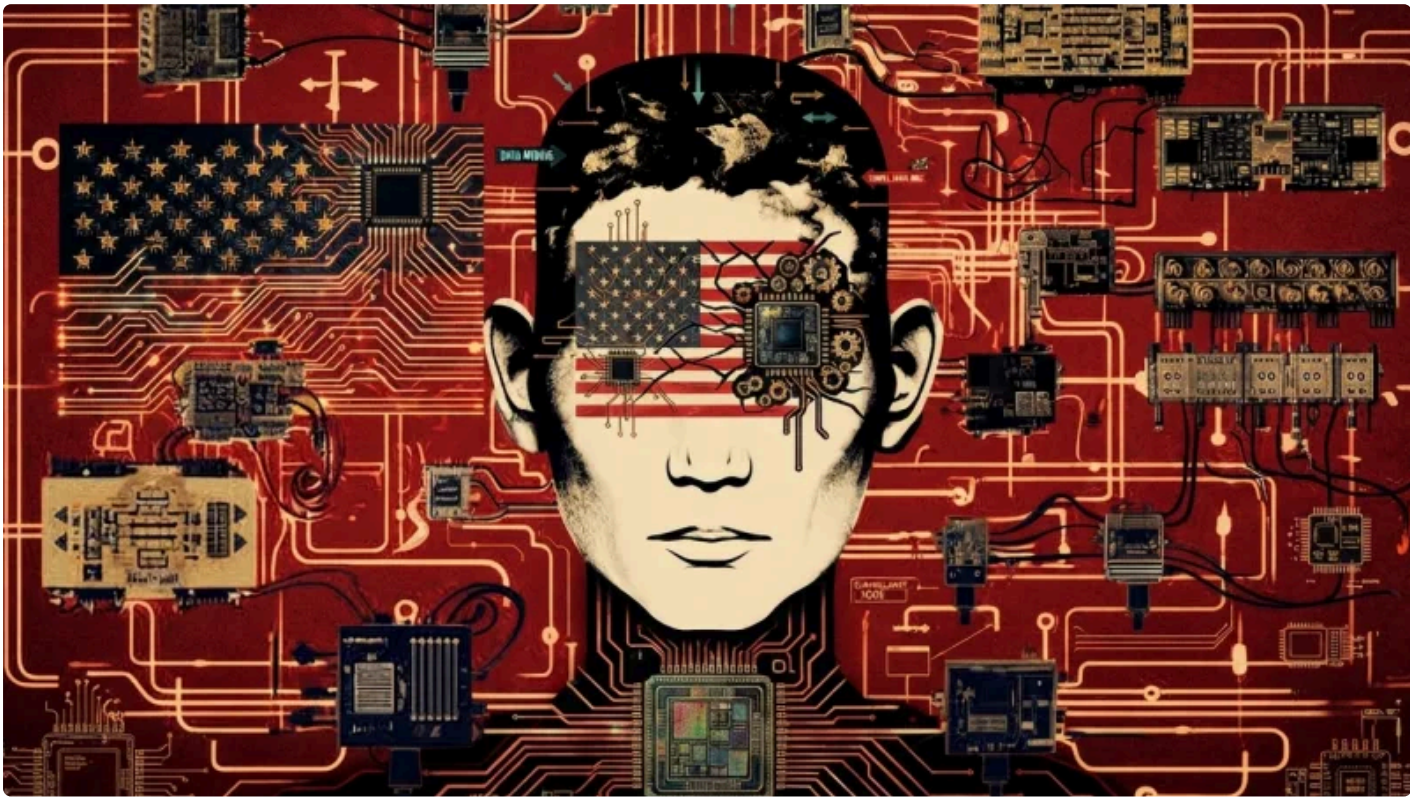
INTERNACIONAL

El Imperio del Algoritmo: Radiografía de la IA en EEUU

15 de septiembre de 2026 · 7 min de lectura



En el tablero geopolítico y tecnológico global, Estados Unidos ostenta una hegemonía que raya en el monopolio absoluto sobre la inteligencia artificial. Lejos de ser un producto espontáneo del libre mercado, este dominio responde a una arquitectura de poder construida a lo largo de décadas donde confluyen el financiamiento estatal estratégico, la concentración monumental de capital privado en Silicon Valley y una feroz disputa por el control de la infraestructura crítica del planeta.

Los cimientos de la disciplina se establecieron en el verano de 1956 durante la Conferencia de Dartmouth, un cónclave académico impulsado por figuras pioneras como John McCarthy, Marvin Minsky, Nathaniel Rochester y Claude Shannon, donde se acuñó formalmente el término que hoy gobierna la agenda económica mundial. Sin embargo, durante sus primeras décadas, la investigación navegó entre expectativas desmedidas y profundos baches financieros conocidos como los "inviernos de la IA".

En los años 80, fue el músculo financiero de la defensa estadounidense, a través de agencias como DARPA, que mantuvo con vida los sistemas expertos cuando el capital privado les había dado la espalda.

El punto de inflexión contemporáneo llegó en noviembre de 2022, cuando OpenAI lanzó al público general su modelo ChatGPT, rompiendo los diques de contención tradicionales, transformando una tecnología confinada a círculos académicos y corporativos herméticos en un fenómeno de consumo masivo que reconfiguró Wall Street.

La velocidad de esta expansión ha obligado a los gobiernos a intervenir de manera directa. Un ejemplo paradigmático de esta tutela estatal ocurrió en junio de 2026, cuando el Departamento de Comercio de los Estados Unidos ordenó a la empresa Anthropic la desconexión global de su modelo de frontera Fable 5 a los tres días exactos de haber sido lanzado, esgrimiendo motivos inapelables de seguridad nacional y evidenciando que la vanguardia tecnológica responde, antes que a cualquier lógica comercial, a los intereses geopolíticos de Washington.

Los rostros del imperio

Detrás de las cifras astronómicas y los servidores hiperconectados operan personalidades con una influencia desmesurada sobre el futuro de la humanidad. Sam Altman, al frente de OpenAI, se ha consolidado como el rostro visible y mediático de la IA generativa, dirigiendo la metamorfosis de un laboratorio sin ánimo de lucro en un coloso comercial valorado en cientos de miles de millones de dólares bajo la sombra protectora de Microsoft y los círculos de poder federal.

Dario Amodei, cofundador y director de Anthropic, es un exinvestigador de OpenAI que abandonó la empresa junto a su hermana, impulsado por diferencias en torno a los riesgos existenciales y las políticas de seguridad de los modelos, convirtiéndose hoy en una de las voces técnicas más influyentes y restrictivas del sector. A su lado destaca Demis Hassabis, cofundador de Google DeepMind y arquitecto de hitos como AlphaGo, cuyo trabajo revolucionario con AlphaFold le valió el Premio Nobel de Química en 2024, un reconocimiento que consagró la convergencia definitiva entre la biología molecular y el cómputo avanzado.

Completando este núcleo teórico se sitúa Ilya Sutskever, exjefe científico de OpenAI que, tras apartarse de las dinámicas comerciales de su anterior empresa, fundó Safe Superintelligence (SSI) con el propósito obsesivo y purista de alcanzar la superinteligencia bajo estrictos estándares de contención.

Pero el ecosistema no se sostiene únicamente con algoritmos de lenguaje; requiere un sustrato físico insustituible. En esa trinchera destaca Jensen Huang, director ejecutivo de NVIDIA. Huang transformó a su compañía en la proveedora universal de los "picos y las palas" de esta fiebre del oro digital: las unidades de procesamiento gráfico (GPUs) de las series H100 y B200. Sin su hardware, ningún modelo de OpenAI, Google o Meta poseería la capacidad de cálculo necesaria para entrenarse.

El tablero se completa con figuras disruptivas. Yann LeCun, científico jefe de IA en Meta y ganador del Premio Turing, opera como el gran contrapeso intelectual al alarmismo apocalíptico, defendiendo con fervor la apertura del código abierto a través de la familia de modelos Llama para democratizar el acceso frente al secretismo corporativo. Muy cerca en el espectro mediático se mueve Elon Musk, quien tras romper amarras con los fundadores originales de OpenAI, ha sacudido el mercado con xAI y su chatbot Grok, apalancándose en los flujos masivos de datos en tiempo real de la plataforma X. Todo este entramado descansa sobre los hombros de estrategas corporativos de la talla de Satya Nadella, CEO de Microsoft, quien apostó temprano y con una agresividad financiera sin precedentes por la alianza con OpenAI para blindar su dominio en la nube con Azure, y Sundar Pichai, encargado de reconducir el transatlántico de Google hacia una estrategia radicalmente volcada en la inteligencia artificial para defender su ecosistema de miles de millones de usuarios.

La arquitectura del dinero y el oligopolio empresarial

Para alimentar a este mercado se requiere una marea inagotable de recursos financieros. El ecosistema empresarial estadounidense se reparte entre los gigantes tecnológicos diversificados y los laboratorios nativos de frontera, operando en un mercado donde las cifras desafían cualquier precedente histórico. La mayor fuente de financiación proviene de la inversión corporativa directa de las llamadas Big Tech: Microsoft, Amazon y Google

inyectan de manera rutinaria decenas de miles de millones de dólares en startups de inteligencia artificial, consolidando participaciones accionariales que rozan los límites de la legalidad antimonopolio. A este flujo se suma el capital de riesgo de Silicon Valley, que mantiene fondos masivos destinados exclusivamente a incubar promesas tecnológicas con valoraciones instantáneas de unicornio.

Paralelamente, la financiación pública y de defensa, anclada en agencias como DARPA, sigue sosteniendo la investigación científica básica y articulando los futuros vehículos de colaboración público-privada, mientras que en Wall Street, el apetito voraz de los inversores institucionales y minoristas por los valores vinculados al hardware y al software de IA ha propulsado una burbuja bursátil sin parangón en la historia de la Bolsa de Nueva York.

Llegados a este punto, resulta evidente que la inteligencia artificial en Estados Unidos ha rebasado con creces las fronteras del mercado para convertirse en el pilar fundamental de su seguridad nacional y su proyección hegemónica en el exterior. Al concentrar la inmensa mayoría de los modelos fundacionales y la capacidad de supercómputo del planeta, Washington ha impuesto una dependencia estructural sobre regiones enteras como Europa y América Latina, relegadas a un papel subalterno de meras consumidoras de tecnología extranjera.

Detrás del discurso edulcorado de democratización, progreso y colaboración global que pregonan cotidianamente los magnates de Silicon Valley y los funcionarios de la Casa Blanca, el ecosistema revela una estructura profundamente jerárquica y concentrada. Lejos de constituir un mercado neutral o descentralizado, la inteligencia artificial opera hoy como un oligopolio férreo donde un puñado de corporaciones y fabricantes de hardware controlan los cuellos de botella de la infraestructura mundial.

Esta concentración de poder no está exenta de contradicciones sistémicas alarmantes. En primer lugar, la dependencia financiera de los laboratorios frente al capital masivo de empresas como Microsoft, Amazon o Google corroe la promesa original de una investigación científica independiente, subordinando la ética y el rigor académico a la implacable rentabilidad bursátil y a los designios de la inteligencia militar. En segundo lugar, se consolida una forma de neocolonialismo digital: mientras el desarrollo intelectual y la propiedad de los modelos de frontera se concentran quirúrgicamente en territorio estadounidense, el Sur Global es reducido a una posición extractiva, sirviendo como proveedor de materias primas energéticas o de mano de obra precarizada para el etiquetado masivo de datos.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/internacional/el-imperio-del-algoritmo-radiografia-de-la-ia-en-eeuu
Descargado el 21 de noviembre de 2026.